

Socialismo y hegemonía

Oscar Waiss Abogado, escritor y periodista chileno. Autor de varios libros, entre otros: "Nacionalismo y Socialismo en América Latina", "Amanecer en Belgrado", "Los problemas del Socialismo Contemporáneo", "Del Colonialismo a la Revolución", "Chile: Ni Siquiera una Tumba"

Cuando se habla de hegemonía de una clase social se tiene la tendencia a establecer una "genealogía" gramsciana, en función del amplio desarrollo que Gramsci otorgó a ese concepto en su tentativa de diferenciar la praxis revolucionaria de los países capitalistas avanzados con el desarrollo de los acontecimientos rusos. Se olvida, en consecuencia, que Gramsci fue por sobre todo un hombre de acción, un político comunista, y que ubicado en su contexto histórico se limitaba a "interpretar" el razonamiento leninista, sin pretender rectificarlo.

Tanto Lenin como Gramsci fueron políticos revolucionarios y no teóricos abstractos; esto significa que en sus elaboraciones conceptuales destaca, por una parte, la pasión propia del luchador en pleno combate y, por otra, el propósito - consciente o inconsciente - de justificar tanto las acciones emprendidas como los resultados obtenidos. De ahí que es preferible pensar o "repensar" a ambos en función, también, de nuestros requerimientos actuales, en vez de acumular citas y referencias que convierten el pensamiento vivo en un esquema muerto.

El concepto de hegemonía ha ido adquiriendo gravitación en la medida misma en que el llamado "socialismo real" ha ido perdiendo prestigio como modelo de una sociedad nueva. Tal vez por eso, sin que exista fundamento serio, es común atribuirle a Gramsci la paternidad o, por lo menos, cierto grado de responsabilidad, en las elucubraciones eurocomunistas. Lo único concreto es que el comunista italiano, por razones similares a las esgrimidas en muchos textos de Rosa Luxemburgo evidenció preocupación por los primeros síntomas de desplazamiento del poder en manos de los proletarios al poder manejado por una tecno-burocracia en nombre de los proletarios. Es decir, previó la degeneración del partido como vanguardia de clase y la sustitución de los proyectos por las consignas. No se planteó jamás, como erradamente se afirma, la posibilidad de un "pluripartidismo" en el seno de la clase obrera o de la futura sociedad socialista; tampoco propuso un "pluralismo" ideológico en la forma de tendencias orgánicas o superestructurales; ni siquiera objetó la concepción de la dictadura proletaria, cuya necesidad sostuvo invariablemente. Y todo esto es absolutamente lógico si se considera que los "cuadernos de cárcel" fueron redactados a partir de 1929 época en que los excesos del stalinismo no se hacían, aún, evidentes.

Gramsci es el precursor de interpretaciones que han ido cobrando progresivamente importancia y por eso se explica su actualización evidente. El insistió sobre el "centralismo democrático" en oposición a las inclinaciones de aplicar un "centralismo burocrático"; insistió en que la hegemonía sobrepasaba el concepto de coerción; concibió el "bloque ideológico" como una fuerza social revolucionaria portadora de un mensaje no sólo político sino que también cultural; habló de la "voluntad colectiva" como "protagonista de un drama histórico real y efectivo". Apartándose del propio Lenin, planteó la necesidad de que el bloque social llamado a construir la nueva sociedad fuera "hegemónico" aún antes de la conquista del poder y es en este punto donde debe investigarse la diferencia ulterior surgida en la interpretación de la naturaleza del partido vanguardia.

Hegemonía y dictadura

En el Manifiesto Comunista, Marx y Engels no se refieren a la dictadura del proletariado debido a que, según parece, la denominación no era usual en esa época. Posteriormente lo hicieron, juntos o por separado en muchas oportunidades. Y en una frase de gran trascendencia histórica sostuvieron que "el objetivo de la sociedad es el derrocamiento de todas las clases privilegiadas, el sometimiento de éstas a la dictadura de los proletarios, manteniendo una revolución hasta la realización del comunismo, que será la última forma de organización del género humano".

Para Lenin la dictadura del proletariado era una forma o tipo de Estado y aclaró que "lo que tiene de común la dictadura del proletariado con la dictadura de las otras clases es que está motivada, como toda otra dictadura, por la necesidad de aplastar por la fuerza la resistencia de la clase que pierde la dominación política". No entró, ni en ese momento le interesaba hacerlo, en la distinción de las "formas de gobierno", o sea la expresión concreta que asumen las dictaduras de clase en su relación o vinculación con la sociedad en que se levantan.

Mirando al Estado como una formidable maquinaria de opresión de una clase sobre otra, Lenin prescinde de considerar en su debida magnitud la difusión previa de las ideas revolucionarias y sólo se preocupa de como serán implantadas después de la victoria, bajo la dirección de una vanguardia organizada y disciplinada, dispuesta a aplastar por la fuerza la resistencia de las clases desplazadas. Para Gramsci la dictadura proletaria es el conjunto de funciones de dominación, educación y dirección que ejerce una clase social, dominante por espacio de un período histórico determinado, sobre otra clase social - e incluso sobre el conjunto de clases de la sociedad - por encima de los grados de violencia ejercidos y a fin de atraer a la sociedad civil. En esta forma el italiano separa el concepto de "sociedad política", que en Rusia era restringida cuantitativamente, de la "sociedad civil" que refleja una esfera ideológica mayor y enfatiza sobre la circunstancia de que el poder zarista, si bien dominaba la sociedad, no ejercía una fuerza hegemónica, lo

que explica el carácter de la revolución de Octubre, adaptada a una insurrección militar contra los aparatos estatales.

Lenin justificó su acción revolucionaria y defendió sus métodos de lucha en función de una sociedad determinada, sin detenerse a reflexionar sobre el desarrollo ulterior del instrumento político - el partido de vanguardia - en función de la reacomodos económicos y sociales propios de toda revolución. Para él era muy claro que tal partido, al asumir el poder, no podía pretender que su programa fuera comprendido o sostenido por la mayoría de la población y eso explica la rígida disciplina y la dureza interna de los cuadros. Pero en un país de estructura industrial avanzada y con un sistema de valores morales y culturales arraigado - aunque se parta de la base que esos valores carecían de solidez y hasta de lógica - el factor subjetivo no podía acomodarse a los planes insurreccionales y eso no podía ignorarlo un político revolucionario como Gramsci. El no objetaba el concepto de dictadura proletaria ni la necesidad de recurrir a la violencia para conquistar el Estado; tampoco cuestionaba la teoría sobre el Estado de Lenin; pero sostenía que era previo consolidar al bloque social sustitutivo imponiendo en la sociedad civil los nuevos conceptos propiedad colectiva, participación social, justicia distributiva, derecho a la educación y a la cultura, erradicación de los privilegios - sobre las concepciones injustas y añejas - propiedad privada, consagración de los monopolios, concentración de la riqueza, exclusividad en el manejo de la ciencia y la tecnología lo que significaba difundir un proyecto social distinto, dinámico y movilizador.

El tiempo ha demostrado que la hegemonía de una clase en ascenso debe hacerse presente, en la mayor parte de las sociedades contemporáneas, durante las luchas políticas que preceden a los cambios estructurales básicos, de manera que la mayoría de la población esté en condiciones de ser "convocada" a la adopción no sólo de un nuevo programa de gobierno, sino de los nuevos valores éticos, sociales, educacionales y culturales que lo fundamentan.

Las sociedades contemporáneas tienden a hacerse cada vez más complejas y esa especie de "clase intermedia" a la que Engels denominó "pequeño-burguesía" llega a adquirir un gran peso cuantitativo, sin perder sus características de inestabilidad; por tal razón, a las diferencias justamente destacadas por Gramsci entre la base social de los países capitalistas avanzados y la existente en la Rusia zarista, debemos agregar hoy los socialistas latinoamericanos la confrontación de nuestra propia realidad a las consignas enarboladas durante la revolución de Octubre; en países donde la población rural no llega en ocasiones al 20 % del total y en los cuales las "capas medias" adquieren un volumen urbano masivo, mientras que el proletariado propiamente tal es relativamente reducido por razones de ritmo histórico, la fórmula de esa alianza entre proletariado y campesinado ni es el "principio superior" ni representa la fuerza suficiente. El frente debe forzosamente ampliarse para atraer a la mayoría de esas capas excluidas de la posesión de medios productivos y que reciben remuneraciones fijas por su aporte de trabajo, ya sea físico o intelectual. Lo que dijo Lenin argumentando en torno a la realidad rusa de

su tiempo no puede aplicarse al pie de la letra a sociedades distintas, con una composición clasista diferente y sometidas a procesos históricos específicos.

También la semántica juega un papel en esta especie de definiciones ya que la historia le otorga connotaciones a veces antagónicas a vocablos utilizados por los clásicos en función de las polémicas temporales. Es curioso anotar que muchos "revolucionarios" que no trepidan en desafiar a los monstruos poderosos del capital, son eminentemente conservadores en el vocabulario y creen ver a los demonios del reformismo detrás de cada consigna nueva a la que no están acostumbrados en sus invocaciones rituales. Cuando Marx, Engels y, posteriormente Lenin, hablaban de la "dictadura del proletariado", no se había desatado sobre la humanidad la ola de sangrientas dictaduras que pusieron su sello sobre toda una época; tanto las dictaduras fascistas o neofascistas - Mussolini, Hitler, Salazar, Franco - como la dictadura de Stalin y sus secuencias en algunos países europeos y asiáticos, traumatizaron a la opinión pública mundial, comprendiendo no sólo a los sectores explotados, sino que una gran parte de la burguesía liberal o democrática. Las dictaduras " bananeras", primero, y "terroristas", luego, que han surgido en América Latina no contribuyen a disipar el horror que hoy inspira el vocablo.

Una cosa es mantener la concepción teórica de la naturaleza y función del Estado, sin la cual no se explicaría la proposición socialista, y otra es constreñirse a la consigna o receta inmutable o uniforme para llamar a las masas al asalto de la fortaleza capitalista. Cuando los socialistas chilenos hablamos de una "República Democrática de Trabajadores" no ignoramos que ella deberá reprimir los intentos de involución propiciados por los grupos privilegiados, pero evitamos proponer una "dictadura" en cuanto al enunciarla estaríamos provocando reacciones negativas y creando anticuerpos propagandísticos en el propio bloque sustitutivo al cual estamos. Esto es tanto más claro cuanto que los trabajadores latinoamericanos en general, y los chilenos en particular, han aprendido a través de una dura experiencia a distinguir entre las diversas "formas de gobierno" utilizadas por la burguesía y para ellos no es precisamente lo mismo la democracia parlamentaria que el terrorismo de las dictaduras.

En la Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de Chile se insiste en la extensión al cuerpo social de los valores propios de una sociedad justa. "Es necesario, expresa el documento, que los militantes del Partido Socialista y el pueblo comprendan plenamente la significación histórica y humana del socialismo, la justeza de su posición revolucionaria frente a los problemas de la época y las perspectivas nacionales y mundiales de su acción política, Dialécticamente generado por el capitalismo, el socialismo constituye su necesaria superación, tanto en la evolución interna de las distintas sociedades nacionales como en la transformación mundial de las relaciones económicas".

En el mismo programa, que data del año 1947, se destaca cómo la clase dominante que manejaba la producción y el comercio fue imprimiendo su "estilo de vida" a la sociedad. Es exactamente el punto de vista gramsciano según el cual la hege-

monía de la clase que pretende arrebatar el poder a la burguesía debe proyectarse sobre la población desde "antes" de la revolución a fin de que ésta pueda y desee incorporarse a un nuevo estilo de vida. Esa hegemonía permitirá "desnudar" la esencia de la sociedad de consumo, de la acumulación de riqueza en unos y de la extrema pobreza en otros, de los "centros" y de las "periferias" y, sintetizando, del "sistema transnacional de poder" con su máquina mundial de difusión, de información distorsionada y de falsa cultura.

No se puede oponer a la inhumana concepción capitalista, en su etapa transnacional - o sea cuando ya ni siquiera son válidos los principios de resguardo nacionales - otro dios desnudo bajo la apariencia de un "socialismo real", es decir, el único posible de concretar sobre la faz del planeta. La "última forma de organización del género humano" soñada por Marx y por Engels no puede ser despótica ni basarse en simplificaciones culturales como la fórmula del "realismo socialista" acuñada para la expresión artística. Privar de una información amplia a los trabajadores que, teóricamente, ejercen el poder, es impedirles cuando llegue la hora enfrentarse a los falsos valores de la burguesía; entorpecer la participación de las mayorías nacionales en la orientación y resolución de los problemas colectivos es privar de base social y de proyección histórica a cualquier experiencia; y, lo que es todavía más grave, diseñar la evolución de la humanidad en función del antagonismo de bloques político - militares es renunciar a considerarla desde el punto de vista de la lucha de clases, con una perspectiva global.

Hegemonía y bloque social

En los países genéricamente conocidos como integrantes del "tercer mundo" y, entre ellos, los latinoamericanos, es ilusorio plantear la hegemonía del proletariado como función social realizable, de donde se deduce que también es falsa la premisa de conquistar la dirección del movimiento revolucionario para una vanguardia reducida a las fronteras cuantitativas y cualitativas de ese sector.

La hegemonía concebida según la inspiración de Gramsci como una fórmula dinamizadora y vital puede recaer en un "bloque" integrado por los proletarios, propiamente tales, la clase obrera, entendida como aquella parte de la población que carece de capital y vende su fuerza de trabajo y, naturalmente, los campesinos pobres. De ahí la importancia de valorizar el aporte de las "capas medias", que superan hoy el encuadre algo rígido de aquella pequeña - burguesía analizada por Engels, que es su "padrino" ideológico.

No deja de ser útil para las finalidades de este estudio insistir en que las burguesías de los países subdesarrollados han terminado por convertirse en una clase "inerte", en el sentido de que su progreso se opone al curso natural de la historia. No sólo han fracasado antes en el cumplimiento de las llamadas reformas democrático-burguesas y en la consolidación de sus naciones, sino que cada vez más li-

gan su supervivencia a los intereses de las grandes empresas monopólicas transnacionales.

Pese a la profusión de aportes e investigaciones existe una gran confusión sobre la naturaleza y el carácter de las clases sociales en nuestro tiempo. Marx no alcanzó a desarrollar una teoría sólida y se limitó a señalar las tres clases sociales que, según él, caracterizaban a la sociedad contemporánea. Engels visualizó una burguesía dominante y un proletariado moderno en desarrollo, con una pequeño-burguesía intermedia. Lenin, según las épocas, enfatizó sobre el rol del proletariado constituido por los obreros de la industria y de las minas o sobre el bloque social integrado, también, por los campesinos. Otros sociólogos, marxistas o no, han incidido en la pormenorización de los segmentos que integran las sociedades modernas.

Todas estas divisiones y subdivisiones son un poco artificiales y no resultan coincidentes. En términos genéricos, la separación fundamental es entre explotadores, acaudillados por la burguesía y explotados, cuyo sector más decidido y maduro es el proletariado.

Las generalizaciones suelen resultar engañosas en función de las diferencias sustanciales entre las clases que forman sociedades de muy diferente grado de evolución económica, social y cultural, aunque sea preciso considerar algunos lineamientos comunes para intentar un análisis comprensible y válido.

Pero, para los efectos de la confrontación económica, social y política, es indispensable considerar la existencia de sectores específicos, tanto en el interior de las clases fundamentales, como en el espacio neutral que las separa y antagoniza. Por eso se comprueban contradicciones internas en el seno de las clases dominantes y divisiones enconadas en el interior de las clases oprimidas. Si no fuera así, la política revolucionaria sería de una sencillez matemática. Es la complejidad propia de las sociedades contemporáneas la que dificulta la integración de los bloques sociales y la acumulación de fuerzas necesaria para imponer normas nuevas.

El concepto actual de "hegemonía" es inseparable de la formación de un bloque social mayoritario y ello implica la necesidad de adquirir influencia en los sectores intermedios indecisos. Las "capas medias" en los países relativamente de mayor desarrollo en América Latina, están principalmente compuestas por elementos que no poseen medios de producción, que deben trabajar para vivir recibiendo un estipendio por su aporte físico o intelectual y que, por su puesto, tampoco están en condiciones de sobrevivir independientemente. Gran parte de los componentes de estas capas medias pueden ser considerados como integrantes de la clase obrera y comparten con ella las condiciones de dependencia patronal y de inseguridad social; pero existe el factor del medio social, de la educación, de las costumbres, de la adhesión a los "valores" o al "estilo de vida" de la burguesía, que hace temer constantemente a muchos empleados, burócratas fiscales, profesores o artesanos la ocurrencia de un "descenso" en sus niveles de existencia que

los identifique definitivamente con los obreros manuales. El temor a esa emergencia los inclina hacia las formaciones políticas o ideológicas de las clases explotadoras; el anhelo de conquistar mejores condiciones de trabajo los acerca al mundo reivindicativo de los obreros.

Un rol destacado en la lucha por conquistar el apoyo de las capas medias corresponde a los intelectuales de izquierda, por los cuales Gramsci demostró una constante preocupación. Esos intelectuales surgen, a veces, en la entraña de la clase obrera, pero generalmente provienen del campo adversario y han sido "captados" por el sistema de valores éticos, culturales y sociales de los trabajadores. A veces el simplismo revolucionario llega al extremo de cuestionar la influencia de los intelectuales en los cuadros dirigentes y se pretende mecánicamente integrarlos con mayorías proletarias; se ha llegado a establecer "tablas de porcentajes", según las cuales en una dirección deben haber tantos obreros de la industria, tantos trabajadores de las minas, tantos campesinos y tantos empleados, con la ingenua pretensión de que así se asegura un predominio de elementos revolucionarios; en los partidos comunistas que ocupan el poder se demuestra mucho interés por el origen social de los militantes y esto lleva a falsear los datos, ya que muchos miembros del partido suelen indicar la ubicación de sus progenitores, olvidando la propia actividad; los intelectuales de izquierda son, sin embargo, piezas fundamentales en la tarea de asimilar los aportes culturales de la humanidad a los valores propios de la sociedad del futuro.

Se plantea el problema de si este bloque social llamado a sustituir a los grupos dominantes implica una política concreta de alianzas y muchos hacen notar que esa no fue la idea expuesta por Gramsci. Ya hemos dicho que, para el teórico italiano, no había otra vanguardia que el Partido Comunista. Pero en el plano de la lucha actual no cabe duda que todo bloque aspirante a controlar la hegemonía sobre la sociedad civil debe basarse, en mayor o menor medida, en un sistema de alianzas que abarque a los partidos y movimientos representativos de las clases movilizadas contra el Estado capitalista. Se trata de una amplia gama que involucra a los partidos obreros - comunistas y socialistas -, a los grupos representativos de los trabajadores cristianos - tan importantes en América Latina -, a los organismos en que se expresan las capas medias - generalmente de carácter populista - y a sectores campesinos, poblacionales o puramente economicistas. Un bloque social lo suficientemente poderoso para enfrentarse al viejo orden económico y social debe aspirar a ganarse la confianza de la mayoría del pueblo.

Sería absurdo pretender que la formación de este bloque adquiriera aspectos similares en todos los países; su gravitación desentenderá de las modalidades particulares de cada pueblo, de las tradiciones nacionales y de las experiencias pretéritas; pero está en el mejor sentido del leninismo aprovechar cada coyuntura para elevar la conciencia de las masas explotadas y asimilar a las capas vacilantes que buscan un destino histórico.

Naturalmente, no faltan los que procuran darle a este proceso esencialmente dinámico una proyección estrechamente mecánica. El socialista chileno, Clodomiro Almeyda, ha propuesto como línea estratégica un "bloque por el socialismo" según el cual se pasaría a reconstruir la izquierda sobre la base "de que cada uno de sus componentes orgánicos aporta al conjunto del movimiento popular un valor específico representativo de un auténtico espacio social e ideológico en el espectro político de la izquierda chilena". Naturalmente que él adjudica al Partido Comunista el espacio correspondiente al proletariado y le deja a los demás partidos, incluido el socialista, el saldo social. Es algo así como el espacio marítimo de las doscientas millas, que ningún extraño puede penetrar sin exponerse a represalias. Con razón el dirigente socialista Jorge Arrate ha comentado que Almeyda propone un "cuerpo compacto" en que los espacios no se yuxtaponen y las diversas partes ensamblan a la perfección. Los obreros franceses, entre otros, acaban de demostrar que no es sencillo encasillar a las clases y a los grupos de conformidad a esquemas preestablecidos y que la vida suele mostrar caminos que no se habían previsto por la imaginación de los líderes.

El Partido Socialista de Chile ha propuesto, desde el año 1955, y de manera congruente con su primera Declaración de Principios y su Programa del año 1947, un "frente de trabajadores" que envuelve la misma idea de un bloque social en cuyo interior se expresen pluralmente las propuestas de todos los sectores involucrados. Esta proposición se concretó a través del Frente de Acción Popular (FRAP), primero, y de la Unidad Popular, después; tal movimiento generó las condiciones del triunfo popular de 1970 pero no fue capaz de asegurar el respaldo a su proyecto programático de una mayoría sustancial. No conquistó la hegemonía ni antes de la victoria electoral que llevó a la Presidencia de la República a Salvador Allende, ni posteriormente a la constitución de su gobierno. No impuso la convicción ideológica ni aplicó la coerción estatal. Es preciso sacar las conclusiones con estricta lógica y no dejarse llevar por un derrotismo catastrofista.

Hemos sostenido que la semántica es importante, pero naturalmente en forma relativa, ya que no se trata de mantener o imponer denominaciones por capricho. La idea de un bloque social puede ser bautizada en distintas consignas importando solamente que ella involucre fuerzas proyectadas hacia la construcción de una nueva sociedad y que reflejen un cuadro distinto de valores ajustados a los intereses de las mayorías productoras. Esas fuerzas deben adquirir confianza en el proyecto socialista y aceptar los riesgos implícitos en toda situación prerrevolucionaria.

Uno de los aportes hechos por el Partido Socialista de Chile a la teoría revolucionaria en América Latina - y, por cierto, también a la praxis - es el de concebir un frente de trabajadores que, como lo señala su denominación, no se restringe sólo al proletariado como destacamento exclusivo; la Declaración de Principios, ya el año 1933, propuso una "dictadura de los trabajadores", lo que implicaba incorporar a un sector mucho más amplio al control de la sociedad; este frente, por otra parte, fue concebido en función del fracaso histórico de las burguesías nacionales

de América Latina, lo que marcó una distancia clara con la proposición de un "frente de liberación nacional" que caracterizaba entonces, y lo sigue haciendo hoy, la estrategia de los comunistas. Es toda una elaboración encadenada la que va desde esa Declaración de Principios del año 1933, a la Fundamentación del Programa, del año 1947, a la tesis del frente de trabajadores, enunciada el año 1955 y completada en congresos sucesivos y, por fin, a la forja y aplicación de esta línea por la Unidad Popular. Declarar "obsoleta" esta concepción estratégica y abandonarla como un mueble viejo en el sótano polvoriento de la historia, es volverle la espalda a una experiencia muy valiosa que fue impulsada en forma autónoma y original por el pueblo chileno.

Hegemonía y democracia

Hoy día no basta el argumento de que todo Estado refleja la dictadura de una clase sobre otra pues los pueblos tienen conciencia de que esa dictadura puede ejercerse en las formas más diversas; para que exista dictadura no es necesario que el poder haya sido adquirido por la violencia y un ejemplo clásico es la trayectoria de los nazis de Hitler en Alemania; lo que importa a la población es la forma como se aplica la violencia desde el poder, a quienes se le aplica y los objetivos por los que se recurre a ella.

Sin necesidad de regresar a las teorizaciones sobre lo que se entiende por democracia es preciso dejar constancia de que en nuestra época existen Estados capitalistas que muestran entre sí diferencias sustanciales en la manera de aplicar su autoridad y Estados socialistas en que el grado de represión policial excede los límites tolerables. Lo que suele llamarse "violaciones de la legalidad socialista" con un eufemismo de mal gusto, ha tomado la apariencia de crímenes inexcusables. Por supuesto no es ese el socialismo por el que luchan los trabajadores en el mundo y para ellos la libertad es inseparable del sistema vigente dentro del cual deben permanecer.

En la práctica, si se decretaran elecciones democráticas absolutamente garantizadas, los partidos comunistas de la mayor parte de los Estados socialistas quedarían en una débil posición minoritaria. Las excepciones serían escasas - Cuba, Yugoslavia - y se presentarían en naciones donde los pueblos lucharon contra la burguesía nacional y el imperialismo extranjero, logrando conquistar realmente la hegemonía sobre la sociedad civil, es decir, haciendo llegar a sus capas más amplias una visión distinta de la vida colectiva. En aquellos países donde la revolución llegó importada sobre las cubiertas de los tanques del Ejército Rojo soviético, la implantación, o sea la hegemonía, ha sido de escaso relieve.

El gobierno de Kadar, en Hungría, sólo logró mantenerse con el apoyo de 200.000 soldados rusos y en contra de la voluntad claramente expresada por los trabajadores. El Partido Comunista de Checoslovaquia, dirigido por Dubcék, trató de ampliar las libertades democráticas y fue arrasado, también, por la imposición ar-

mada foránea. Los sucesos de Polonia, sea cual sea su curso ulterior, han probado que la clase obrera polaca exige una participación directa en la gestión de los asuntos públicos y no se resigna a ser manejada arbitrariamente por la tecnoburocracia de Varsovia. Estos hechos, y muchos más, no pueden ser olímpicamente ignorados ni se eleva el prestigio del socialismo con el fácil expediente de atribuir tales conmociones a la presencia de "agitadores" pagados por los imperialistas. Tendrían que ser agitadores muy excepcionales para conseguir arrastrar en pocos días a masas de trabajadores que han podido apreciar por sí mismos, y durante decenas de años, los beneficios de un sistema en que impera el "socialismo real",

No se trata de que el ataque a tales regímenes se base en que allí se han impuesto "dictaduras", pues conocemos bien la teoría marxista sobre el Estado, sino en el hecho de que la dictadura de clase pone el acento en la represión violenta y excluye la posibilidad de críticas. De tal manera el aporte popular se empobrece y la hegemonía se debilita o se diluye. Cuando hoy se aspira a vivir en una sociedad "democrática" no siempre se piensa en la tradicional democracia parlamentaria de la burguesía, sino que se intenta incorporar a los Estados en que se introducen cambios económicos socialistas - lo que de por sí otorga determinadas libertades - la posibilidad concreta de opinar, de decidir, de discrepar. Pluralismo y socialismo son inseparables en un régimen efectivamente distributivo.

Lo expresó brillantemente el programa del Partido Socialista de Chile del año 1947: "Los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción; pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica". Y agrega: "El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad".

La hegemonía implica la "superioridad política" y, por eso, no siempre coinciden los métodos de los Estados - capitalistas o socialistas - con los objetivos enunciados. Cuando un gobierno invoca su raigambre socialista pero carece del control otorgado por una superioridad política deriva en una dictadura que humilla la condición humana y desprestigia la causa que se sustenta. Cuando una democracia "liberal" de tipo burgués permite el debate y abre las puertas a la información y a la participación, podrá seguir siendo una "dictadura de clase" en el sentido técnico - marxista, pero a través de ella se posibilita la transición al socialismo. No se puede simplificar ni exagerar, ya que cada país es diferente y cada pueblo avanza por los caminos que descubre. Es la dirección política de la clase obrera la

llamada a operar según las circunstancias y es en ese momento cuando la hegemonía juega su rol determinante. No bastan las simples consignas ni las frívolas imitaciones sino que se requiere de la vigencia de un programa comprensible y válido capaz de atraer a las capas medias indecisas y de dinamizar a los trabajadores.

Por eso Gramsci le otorga al término democracia un sentido diverso al de simple organización política del Estado y lo considera como expresión del "pueblo dirigente". El tiende a destacar sobre la categoría algo abstracta de la democracia como tal, la práctica de un "principio democrático" que va elevando, a través de los cambios estructurales de la sociedad, a los grupos dirigidos hacia el grupo dirigente, que es una manera de referirse a la progresiva madurez de la conciencia de la clase.

Cuando los trabajadores - y también los políticos liberales - se oponen a las "dictaduras" no se están refiriendo a la naturaleza del Estado sino a la forma concreta del régimen político incriminado. Es imposible movilizar a las masas sin una previa definición del carácter represivo de un gobierno. Para las masas la libertad es algo más que una palabra hueca: libertad es, para el pueblo, posibilidad de organizarse, de dialogar y de alcanzar niveles de vida compatibles con el progreso humano. Decirle a las masas que es lo mismo un gobierno democrático - parlamentario, que una dictadura fascista, terrorista o totalitaria, es incitarlas a desconocer la capacidad política de su vanguardia y sacrificar la hegemonía sin la cual queda cerrado el camino de la revolución socialista.

En algunos Estados socialistas se han hecho esfuerzos para conciliar el dominio de la clase obrera con los márgenes indispensables de pluralismo y de participación. La autogestión en Yugoslavia fue concebida como una armonización entre la dictadura de clase y el ejercicio real de la democracia por el pueblo; la sociedad autogestionaria pretende otorgar a los trabajadores una participación directa en los asuntos nacionales que procure una democratización progresiva del régimen y se presente como una "opción" para los movimientos socialistas de todo el mundo. Más que la idealización del principio autogestionario interesa constatar su papel en el desenvolvimiento de la sociedad yugoslava, para crear, por lo menos, una alternativa válida a las desviaciones burocráticas.

La rebelión de los trabajadores polacos - y sus antecedentes en la República Democrática Alemana, en Hungría y en Checoslovaquia demuestra que la clase obrera no se deja embaucar por simulaciones triunfalistas y que persigue la vigencia de la democracia bajo la forma del "pueblo dirigente" tan cara a Gramsci.

Nos encontramos, pues, ante la encrucijada de atenernos al término clásico y desatarnos en improperios contra las mentiras y falsedades de la democracia o asimilarnos a la conciencia de los pueblos que buscan utilizar los valores permanentes de la democracia - entre ellos el humanismo, el pluralismo, la libertad, el respeto a los derechos humanos - para elevarse a una sociedad nueva y justa. Si

aceptamos la conveniencia de asumir la defensa de los valores democráticos, por encima de viejas terminologías, tenemos la obligación de hacerlo honestamente. El juego de las simulaciones consistentes en apelar a la democracia para aplastar posteriormente a todos los críticos, los exégetas y los disconformes conduce a frustraciones peligrosas. No es posible, como lo hizo Mao, propiciar que se abran mil corolas en el jardín del ideario socialista, para luego decapitarlas una a una implacablemente. Eso no es hacer política revolucionaria sino practicar el gangsterismo ideológico.

La reacción de los sectores eurocomunistas responde genuinamente al desafío histórico que implica la pretensión de acceder a gobiernos democráticos pluralistas por partidos atados al concepto totalitario de un Estado en que el partido único se confunde con el aparato estatal y usurpa la representación de los trabajadores. Ha sido típica la evolución - o, mejor, las evoluciones - del Partido Comunista francés que, primero, se sumó a las objeciones eurocomunistas tratando de desmarcarse del stalinismo, regresó después al más absoluto monolitismo iniciando un ataque implacable contra el Partido Socialista para terminar, por fin, a lo menos transitoriamente, por capitular sin condiciones ante Mitterrand.

Si hoy le damos un lugar destacado al problema de la democracia es porque los políticos revolucionarios ponen siempre el énfasis en los cuestionamientos actuales que ocupan la atención de las masas. Y el enfoque ha debido variar con los años pues aún el sufragio universal puede ser medido con cartabón distinto. En tiempos de Marx, y aún en tiempos de Lenin, resultaba ilusorio que un partido obrero o un conjunto de fuerzas populares pudiera imponerse en las elecciones generales enmarcadas en un régimen burgués y de ahí que Lenin afirmara que el sufragio universal sólo sirve para marcar el "índice de madurez de la clase obrera". ¿Es ésta la realidad actual? ¿La victoria electoral de la Unidad Popular en Chile sirvió solamente para eso? ¿El triunfo de Mitterrand y, posteriormente, la designación de una mayoría parlamentaria socialista en Francia, no determina ninguna apertura política y social? ¿No es posible que mayorías electorales obreras o de izquierda se consagren en otros países de estructuras capitalistas? ¿Y el caso de Grecia, no se considera?

Aún a riesgo de ser considerado reformista por algunos teóricos delirantes me permito afirmar que, en nuestros días, el sufragio universal significa algo más que una regla de cálculo de carácter subjetivo y puede servir de impulso a procesos más profundos. Es cierto que las minorías dominantes y los consorcios monopólicos tratarán siempre de barrer con los nuevos gobiernos obreros o populares elegidos democráticamente, como fue el caso de Chile, y recurrirán inevitablemente a la violencia, pero también lo es que las experiencias del movimiento obrero y revolucionario contribuirán a que las posiciones conquistadas a través del sufragio universal sirvan para reforzar la acción de los explotados en el contexto de la lucha de clases.

Santiago Carillo, en su libro "**Eurocomunismo y Estado**" señala justamente que los gobiernos fascistas europeos determinaron en las fuerzas revolucionarias un sentimiento de profunda desconfianza hacia los métodos democráticos lo que posteriormente se rectificó al comprobarse que era la división de la clase obrera la que la condenaba a la impotencia; curiosamente, saca la conclusión de que la política de los "frentes populares" significó la respuesta teórica a las urgencias unitarias. Lo que olvida Carillo es que los frentes populares no representaron la hegemonía de la clase obrera, sino el dominio político e ideológico de sectores de la burguesía y que, en consecuencia, condujeron a derrotas desmoralizadora en España, en Francia y en Chile, países en que dicha fórmula híbrida tuvo aplicación concreta. Es un ejemplo más de las limitaciones del eurocomunismo que, si bien toma en cuenta los nuevos factores y procura presentar un nuevo rostro pluralista y democrático, no logra romper el cordón umbilical que lo ata a la esfera del "campo" socialista, entendido como bloque político - militar conducido por la Unión Soviética.

El eurocomunismo es una tendencia surgida en la entraña misma de los partidos comunistas - y no sólo de Europa, como es sabido - que se encuentra en período de elaboración y decantación. De ahí que no parezca extraño que sea, a la vez, atacada desde posiciones netamente stalinistas y desde sectores marxistas de izquierda. Su mayor mérito es demostrar que el diálogo resulta indispensable y que no existen centros teóricos depositarios de la verdad absoluta. En el marxismo no existen tabúes, ídolos ni dogmas en la medida que se trata de una doctrina en permanente confrontación dialéctica con el proceso de la historia, En ello estriba su validez y ello explica que el problema de la democracia se encuentre en la orden del día de las formaciones revolucionarias modernas.

Hegemonía y partido

La concepción de Lenin acerca del partido revolucionario fue elaborada en función de la realidad rusa y de la composición social del país. El Estado zarista carecía de prestigio en la sociedad y se sostenía por medio de la violencia represiva. Los campesinos, cuantitativamente mayoritarios, eran una reserva pasiva del proletariado urbano. Un partido de "cuadros", de revolucionarios profesionales, ofrecía condiciones de seguridad y de agilidad que permitían multiplicar las fuerzas en cualquier coyuntura propicia. Conquistado el poder ese partido necesitó, a la vez, recurrir a la violencia para detener la contraofensiva reaccionaria y los embates de fuerzas políticas confusas. Carente de técnicos y de intelectuales debió confundir las tareas de sus conductores tanto en la elaboración teórica y programática, como en el manejo de los asuntos del Estado, Partido y Estado se confundieron, formaron un solo cuerpo, constituyeron una identidad.

Gramsci acepta plenamente esta concepción y aún la acentúa, dándole en ocasiones al partido un carácter predominantemente militar. En "**El materialismo histórico y la filosofía de Croce**" admite que la burguesía puede tener varios partidos

políticos pero hace presente que ellos, en los momentos cruciales, cuando se pone en juego la defensa de la propiedad privada o "la concepción del mundo burguesa", rehacen su unidad y presentan un "bloque único". Pero la clase obrera debe actuar unificada en un "partido ideológico", que sumando sus posiciones teóricas a las organización práctica originen el "partido revolucionario de la clase obrera". Ratifica las constataciones de Marx y de Lenin acerca de que una clase social no puede tomar conciencia de ella misma en tanto que clase sino a través de una organización. Así concibe al Partido Comunista como un organismo de vanguardia, que educa a la masa obrera, busca aliados, contribuye a la formación de una voluntad colectiva nacional - popular y, por fin, toma por asalto el poder.

En sus "**Notas sobre Maquiavelo**" señala que este partido debe ser de "nuevo tipo", tener un carácter monolítico y exigir la más perfecta homogeneidad entre dirigentes y dirigidos, entre jefes y masa, Para ello propone que el partido se divida en tres estamentos: militantes, cuadros y dirigentes, con una mayoría natural de proletarios. A los militantes les adjudica la función de ser "soldados, o sea una capa difusa de hombres comunes, que participan por su disciplina y su fidelidad, no por su espíritu creador y altamente organizador".

De esta concepción teórica a la aplicación práctica en tiempos de la supremacía omnipotente de Stalin no hay más que un paso. Posiblemente, si Lenin hubiera tenido tiempo para ello, habría enriquecido su primitiva definición con indicaciones que evidenciaran su confianza en las masas. No se le puede pedir a un partido integrado por seres obedientes y conformistas que construya los cimientos de una sociedad comunitaria y participativa. La "herencia" de esta teoría partidaria la tenemos en el inmenso contingente de comunistas que sigue sin examen ni vacilaciones la consigna impartida desde la cumbre dirigente y que ha determinado tantas catástrofes políticas. Una masa militante capaz de aceptar, como autos de fe, las mayores inepticias y que puede sostener con igual fanatismo las versiones más opuestas. El dogmatismo exhibido por tales elementos es una de las características de las luchas obreras y ha venido a sustituir la rica discusión que existió en tiempos de Lenin y que él nunca trató de sofocar.

Para Gramsci un partido es una formación burocrática e ideológica - a veces militar - de una clase, de la cual es expresión y organización, a la que se liga orgánicamente como guía para tomar o conservar el poder, y que contribuye a divulgar su propia concepción del mundo. Prefiero la definición de Trotsky, quien veía en un partido la suma de la defensa de los intereses de una clase y su expresión ideológica en un programa concebido para obtener el apoyo de dicha clase. El partido es el nexo entre esa clase, integrada en una sociedad, y el Estado, sostenido por sus aparatos de coerción. Si el partido llega a fundirse con el Estado, la clase organizada en el partido pierde la posibilidad de influir en la conducta y las decisiones de los funcionarios del Estado, cuando ellos se apartan de la protección debida a las mayorías trabajadoras. Eso explica el distanciamiento entre partidos comunistas incorporados al "socialismo real" y la mayoría de la clase obrera que no encuentra el cauce por donde volcar sus presiones reivindicativas.

En muchos países de África y de Asia, surgidos en el período de la descolonización y carentes de toda práctica política, el modelo del partido de "nuevo tipo" resulta atrayente y muchas veces se nos presentan supuestos partidos o movimientos revolucionarios disfrazados de marxistas-leninistas, en circunstancias de que sólo expresan una voluntad de independencia nacional. Pero en los países capitalistas avanzados y en países de un desarrollo relativo, como son los de América Latina, es muy difícil imponer un partido único a masas que han adquirido el hábito del análisis, de la discusión y de la crítica. En estos países la dificultad estriba en promover "alianzas" que no involucren la hegemonía de clases sociales minoritarias, sino que aseguren la conducción política de las clases desposeídas.

La propensión de los partidos comunistas a imponer su línea general y sus métodos de lucha por sobre la voluntad y la opinión de otros sectores ideológicos ha conducido y sigue conduciendo a los trabajadores de esos países a conflictos y divisiones perjudiciales. Los trabajadores revolucionarios no aceptan ser simplemente "soldados" y el modelo de un partido de "cuadros" no satisface ya a la gran mayoría de los explotados. La fórmula propuesta por Carrillo en su libro ya citado es mucho más aceptable: "El partido, dice, es a la vez un partido de masas y de cuadros, de afiliados y de militantes" O sea, un partido de masas que forma en su interior y a través de sucesivos combates, los cuadros dirigentes de la revolución.

Contribuye a la complejidad de las tipificaciones el hecho de que generalmente los partidos comunistas - incluidos los denominados eurocomunistas - confunden los objetivos de sus pueblos con los requerimientos estratégicos, en escala mundial, de la mayor potencia socialista de nuestra época. Las metas inmediatas no son siempre coincidentes y el caso de Argentina es ilustrativo en esta divergencia. En virtud de las necesidades agrícolas y ganaderas de la URSS se han mantenido relaciones comerciales entre el país del cono sur latinoamericano y la potencia socialista; esto ha movido al Partido Comunista Argentino y, por solidaridad a los partidos comunistas de todo el mundo, a suavizar sus juicios sobre la brutal represión existente llegando a calificar a la dictadura militar de gobierno "progresista". Con tales métodos no se puede aspirar a imponer un "estilo de vida" nuevo ni a predicar principios de moral internacional. Los trabajadores argentinos, sometidos a una persecución cruel e implacable, no olvidarán fácilmente la conducta de su pretendido partido de "vanguardia".

En el desarrollo de las ideas de Gramsci se evidencia cierta confusión entre el concepto de hegemonía de la clase y la propuesta de control absoluto por parte de los dirigentes del partido único. Si la hegemonía, como principio doctrinario, reconoce la necesidad de que exista - tanto antes como después de la toma del poder - un equilibrio entre la convicción y la coerción, de manera que el pueblo actúe con plena conciencia del proceso para imponer su dirección al conjunto de la sociedad, no se explica que se le conceda a un grupo dirigente la facultad omnímoda de conducir la revolución y dominar todos los aparatos del Estado. La explicación, y lo reiteramos una vez más, se encuentra en la actividad política concreta

de Gramsci, enclavada en una época aún deslumbrada por el resplandor de Octubre y en la cual resultaba provocadora la proposición de reconocer a más de un partido como integrante de la vanguardia de clase. Plantearlo así habría sido entendido fatalmente como una tentativa fraccional o divisionista. Hoy, por el contrario, pretender entregarle a un partido único - el partido comunista con ese u otro nombre - el control de las orientaciones teórico - políticas y la dirección absoluta del combate anticapitalista significa castrar el impulso revolucionario.

En el terreno concreto de la lucha de clases contemporánea, y en la gran mayoría de los países capitalistas desarrollados o menos desarrollados, la pretensión de alcanzar éxitos tras la bandera del partido único y aplicando una disciplina militar resulta ilusoria. Y en los países socialistas la dominación absoluta de los partidos comunistas está conduciendo a los trabajadores a rebeliones de cada vez mayor envergadura. La raíz está en la organización que se dio el partido bolchevique, por razones de praxis ineludibles, pero no en el pensamiento de Marx ni en el de Lenin. La pregunta que debemos hacernos en función de los análisis de Gramsci es si la hegemonía le corresponde a la clase o se le asigna al grupo de dirigentes de la cúspide. Si entendemos por hegemonía el surgimiento de una nueva escala de valores y la perspectiva de un diferente estilo de vida que comienza por extenderse a la sociedad civil y que se defiende posteriormente por la fuerza, después de la revolución, tenemos que aceptar que es la clase entera y sus aliados, es decir la inmensa mayoría de la población, la que debe compartir y encarnar ese programa. Más aún, es la clase la que debe rectificar los rumbos del grupo dirigente, que suele ofrecer desviaciones o degeneraciones tecnoburocráticas, cada vez que los funcionarios pretendan usurpar el poder decisorio de la clase.

Sin pluripartidismo en los países de evolución política democrático - burguesa, y sin pluralismo en los países que hicieron o les fue donado el cambio de las estructuras básicas, no hay garantía de que la dictadura clasista no se implante como una dominación arbitraria de minorías sobre mayorías. Por respetables que sean las experiencias del pasado no es posible ignorar las consecuencias actuales. Aquellas aguas trajeron estos lodos. Gramsci lo intuyó al enunciar su fórmula de que "el Estado es la dictadura más hegemonía" pero no pudo sacar las conclusiones totales, y de ahí que en su esquema se constaten debilidades, confusiones y aún contradicciones.

La hegemonía como nexo histórico

Si analizamos con detención el ideario gramsciano, especialmente los cuadernos de cárcel, llegamos a la conclusión de que el principio de la hegemonía quedó inconcluso y que el propio Gramsci no se atrevió a sacar todas las conclusiones lógicas, tarea que le ha venido a corresponder a sus sucesores y que se ramifica entre las corrientes eurocomunistas y las tendencias autónomas del socialismo revolucionario.

El italiano Massimo L. Salvadori, en un artículo publicado en "**Mondoperaio**" a fines de 1976, sintetiza adecuadamente los puntos de la teorización gramsciana que han servido posteriormente para elaborar propuestas no siempre idénticas. Estos puntos, según Salvadori, son "los que se refieren: 1) a la necesidad, para una fuerza que pretenda fundar un nuevo Estado, de convertirse en hegemónica aún antes de llegar al poder; 2) a la necesidad, para el proletariado, de vincular a su perspectiva un bloque de fuerzas históricas capaz de expresar la complejidad de la sociedad civil; 3) a la necesidad de atribuir un papel central a la vinculación con los intelectuales; 4) a la necesidad de desarrollar en Occidente una lucha que tenga adecuadamente en cuenta las diferencias entre las formas de la revolución social en Rusia y las formas de un proceso revolucionario en los países capitalistas desarrollados, es decir, de tener en cuenta las lecciones que se desprenden del fracaso de la revolución en Europa central y occidental en la primera posguerra".

Salta a la vista el antagonismo latente entre el "bloque de fuerzas históricas" y la hegemonía de un partido. Esa contradicción permite a los eurocomunistas reivindicar a Gramsci como orientador de su variante pero obliga, por otra parte, a reconocer que jamás el teórico italiano puso en tela de juicio al partido comunista como vanguardia única de la clase. Conjugadas debidamente la idea del bloque histórico con el concepto de la hegemonía - que implica convicción masiva - se llega a la gravitación actual de las nociones de pluralismo y de autogestión, cuyas tesis están en el centro del diálogo ideológico de hoy.

Igualmente contrasta la persistente recomendación de Gramsci sobre el rol de los intelectuales de izquierda con su propuesta bastante mecánica de un predominio cuantitativo de dirigentes obreros; los porcentajes en las direcciones políticas deben brotar naturalmente del contenido de la lucha y jamás deben construirse arbitrariamente para suministrar una imagen falseada.

Cuando Gramsci destaca las diferencias entre las condiciones en que se precipitaron los acontecimientos revolucionarios de Rusia y las que imperaban ya en su tiempo con la realidad de los países capitalistas avanzados abre las ventanas de la casa para que penetre el aire fresco de nuevas visiones programáticas y hasta de distintas terminologías más acordes con las preocupaciones y problemas de la clase obrera contemporánea.

Si bien no deja de ser aceptable estimar, como en el caso de Ernest Mandel, que el concepto de hegemonía es contradictorio y que, en todo caso, no se opone a la vieja noción de dictadura, también es preciso reconocer que la insistencia en apreciar el factor subjetivo - nuevos valores en la vida, otra perspectiva cultural, la participación de las masas, el repudio al sistema vigente - conduce a reconocer la necesidad del diálogo, o sea lleva a la aceptación del pluralismo ideológico y, estirando los argumentos, del pluripartidismo político.

Hay mucha vaguedad en la construcción teórica de Gramsci pero se encuentra en ella un "semillero" de intuiciones y de preocupaciones inusuales en su tiempo. De

ahí que deba ser considerado como un nexo entre la estricta elaboración leninista y las contrastaciones programáticas posteriores que han conducido a enjuiciar la verdadera naturaleza de los Estados socialistas existentes, o sea "reales".

El aporte de Gramsci no se contrapone con el pensamiento de Marx y de Lenin pero le agrega una dosis sutil, en ocasiones casi imperceptible, de razonamiento crítico. Es un matiz inconformista cuya proyección ilumina oscuros entretelones de la teoría. El mira, a veces, a la humanidad, con la perspectiva vital de Bergson y la ve avanzar como un inmenso ejército capaz de derribar todos los obstáculos tras una gran bandera de redención y de justicia que concita el misticismo general. Esa es, observada desde otro ángulo, la hegemonía que preconiza. No sólo el esquema, no la mera consigna, nada de verdades reveladas. Más bien un acuerdo consciente y consistente que emerge de la entraña social y encarna un destino histórico que será "la última forma de organización del género humano".

¿Dónde lo dice así, con singular firmeza? Me temo que en ninguno de sus escritos. Sin embargo, sólo eso explica la resonancia que hoy encuentran esos trabajos, redactados en la cárcel, cuya lectura nos conduce a proponer una sociedad socialista muy distinta a los modelos anquilosados de nuestra época.